

dos (1) que Felipe II instó á Clemente VIII á que examinase este negocio, y procediendo el Sumo Pontífice con gran prudencia envió visitadores, oyó á los procuradores de la Religión, y en 1592 despachó una Bula en que se daba un modo de vivir medió entre el rigor primitivo (que ni los observantes seguian) y lo que algunos habian presentado como anchuras.

No era esto lo que pretendian los políticos-rigoristas, y por espacio de más de treinta años prosiguieron instando radical reforma. Esas instancias, empero, que tomaron alguna vez el carácter de persecución, no habian de encontrar ya solos ni desprevénidos á los custodios del Monumento del Principado, antes saliendo á la defensa de sus hermanos toda la Congregación claustral Tarraconense, de tal suerte les vindicaron en un solemne documento; que junto con su prestigio de sabios y virtuosos cenobitas, salió para siempre triunfante su acendrado catalanismo.

(1) «Hasta aquí no se han mostrado en este negocio sinó forasteros que quieren reformar y ser reformados. A los cuales mejor que en otra ocasión dijeron otros, se les pudiera decir que ¿porque estos milagros no los hacen en su pátria? ¿Porque no comienzan la reforma en su tierra, donde hay tantos insignes monasterios y de tantas rentas?» (Corona benedictina, Capitulo II, página 73).



CAPÍTULO XI

LA CONGREGACIÓN CLAUSTRAL TARRACONENSE.

Organización y monasterios de la Congregación. — Abades por nombramiento Real. — Francisco de Pons. — La Cofradía de los Angeles. — El célebre monje Gerónimo de Tord. — Rehusa Pons el obispado de Elna, muere en Mántua. — Epitafio de su tumba. — Alteraciones en la villa monasterial. — Nyerros y Cadells, Pedro Roque Guinarda, amigo y protector de la Colegiata de San Juan de las Abadesas y del cenobio de Ripoll. — El Abad D. Juan de Guardiola, sus escritos. — La Congregación de la Inmaculada. — Francisco de Senjust construye la Curia del vicario. — Visita la Colegiata de San Juan, procura con el Dr. Colí su restauración. — Ya obispo de Gerona funda 12 aniversarios en el Real Santuario. — Fr. Pedro Sancho, sus ilustres hechos, sus proyectos y disgustos. — Memoria del presidente de la Congregación Tarraconense. — Célebre prelación de Copons y Vilaplana. — Guerra dels segadors. — Delegaciones del Abad de Ripoll á Felipe IV. — Pedro de Marca en el Archivo. — La peste en Ripoll, muere del contagio el Abad. — El monje Luis de Pons obispo de Solsona. — El Abad Casamitjana de Eril regala imágenes de plata al Real Santuario. — Nueva guerra con Francia. — El francés destruye las cuevas de Rivas y las torres y murallas de la Sede Abacial. — Los monjes A. Solanell y M. Vega. — Benito Sala, Abad electo, obispo de Barcelona. — Reseña inédita de la solemne entrada del Abad Moner en su villa.



ERECIAN, ciertamente, los servidores de la Virgen aquella notable alabanza del inmortal Oliva: *Emicat egregius radians ut Sol Benedictus*, y se esmeraron particularmente en hacerse dignos de la misma en el siglo XVII, en que el cenobio presenta una serie de escogidos abades que, por su continua presencia en el monasterio, favorecieron extraordi-

nariamente los intereses de la basílica. Los Comendatarios, fueron reemplazados por la siempre ilustre Congregación Tarraconense-Cesaraugustana, de Navarra y Obispado de Mallorca, que estrechó los lazos y espirituales prerogativas entre multitud de monasterios de la España oriental.

El gobierno superior de la Congregación fué encomendado á tres presidentes que velaban por su bien moral y material, conservando cada una de las Casas religiosas propio Abad, nombrado en adelante por Su Magestad Católica. Los monasterios de que se componia la Congregación, eran por su orden, los siguientes: S. Cugat del Vallés, Sta. María de Gerri, SANTA MARÍA DE RIPOLL, S. Pedro de Camprodón, S. Pedro de Besalú, S. Miguel de Cuxà, Santa María de Arles, S. Martín de Canigó, Santa María de Amer y Roses, S. Esteban de Banyolas, San Salvador de Breda, S. Pedro de Rodes, id. de Galligans, San Pedro del Campo de Barcelona y de la Portella, Santa María de Serrateix, San Pedro de las Puellas, San Daniel de Gerona, San Antonio y Santa Clara de Barcelona, San Juan de la Peña, San Victoriano, Santa María de la O, Santa Cruz de las Sorores (Jaca), Santa María Magdalena de Lumbierre y el Priorato de Santa María de Meyá. El cenobio ripollés, el primero de la Península que habia admitido con Arnulfo la reforma Cluniacense, y que en el siglo XI habia sido agregado á S. Victor de Marsella, figuró, pues, en la nueva Congregación como el tercero en el orden, aunque el principal en importancia.

El primero de los Abades que la Congregación contó en SANTA MARÍA, fué Francisco de Pons, de familia militar, gran letrado, hombre de gobierno y muy prudente. Sus altas prendas le merecieron al poco tiempo ser electo obispo de Elna, dignidad que rehusó por el gran cariño que tenia á su cenobio. Promovió en la villa la

fundación de la Cofradía de Nuestra Señora de los Angeles, en cuyas listas sólo figuraban jóvenes solteros de ambos sexos que anualmente, en el mes de las flores, tributaban solemnes obsequios á su celestial abogada. Subsiste en nuestros dias esa bella asociación, que recuerda en sus funciones religiosas y en sus honestas, poéticas y características diversiones de mayo, las costumbres sencillas de los antepasados.

Un noble monje, profeso de SANTA MARÍA, D. Gerónimo de Tord, fué señalado en este tiempo por su piedad y letras. Desde la abadía ripollense pasó por nombramiento Real á regir el cenobio de San Pedro de Camprodón, en cuyo abaciología se registra su nombre desde el año 1597 á 1606. Sobrevivióle cinco años el modesto Abad de Pons, que acabó sus dias en Mántua, al dirigirse á Roma como Legado apostólico. Su muerte fué muy sentida, y cuando su cadáver fué trasladado á la basílica, el monje Hermenegildo de Palau le dedicó el epitafio siguiente:

ESTE SEPULCRO CONTIENE
LOS RESTOS DE FRANCISCO DE PONS ABAD RIPOLLÉS,
QUIÉN HABIENDO REHUSADO EL OBISPADO DE ELNA,
COMISIONADO POR EL REY CATÓLICO COMO LEGADO APOSTÓLICO
MURIÓ EN MANTUA Á III DE LOS IDUS DE SETIEMBRE DE MDCXI.
FR. HERMENEGILDO DE PALAU, PREPÓSITO DE BERGA,
AGRADECIDO Y RESPETUOSO
LE PUSO COMO BUEN RECUERDO ESTA LÁPIDA
EN EL AÑO MDCXIIIX. (1)

Infestaban por este tiempo el alta montaña los dos bandos conocidos desde el siglo XIII por Nyerros y Ca-

(1) H. C. T.
OSSA FRANCISCI DE PONS RIVIP. ABBATIS, QUI EPISCOPATU
ELENENSI RECUSATO AC APUD CATHOLICUM REGEM QU. APT. LEGATO,
MANTUAE CARPETANORUM OBIIT III ID. SEPT. MDCXI.
EI FR. ERMENGAUDUS DE PALAU, PRAEPOSITUS BERGIUS,
GRATITUDINIS ET OBSERVANTIAE ERGO MONUMENTUM HOC
B. M. L. P. MDCXIIIX.

dells, los primeros obedecían á Pedro Roca Guinarda, hombre (según Cervantes en su inmortal Quijote) generoso, bueno, compasivo; los Cadells, sanguinarios é impíos, eran capitaneados por el abyecto Trucafort. Los pueblos y monasterios apartados de los grandes centros, se veían obligados con frecuencia á contemporizar con Roque Guinarda, quién no dejaba en ocasiones dadas de prestarles buenos servicios, pues el gobierno de Felipe, acentuando cada vez más su antipatía al Principado, permitía que los nobles catalanes se destruyesen entre sí, azuzando para ello los Cadells contra los Nyerros, haciéndose sordo á la voz del oprimido, mostrando únicamente gran celo en demoler castillos, tapiar casas de campo y suprimir abadías, con lo que se preparaba el advenimiento del absolutismo sobre las ruinas de los fueros de la patria. ¿Que tiene pues de extraño que, según Pellicer en sus notas al Quijote, el Abad de Ripoll se esmerase en complacer al jefe de los Nyerros? ¿qué no considerase depresivo á su dignidad presentarse con él, en cierta ocasión, en una ventana para presenciar una fiesta de la villa? En 1609 Roca Guinarda había libertado de los Cadells la comarca de San Juan de las Abadesas á instancias del Arcipreste D. Juan Colí, y no había de tardar el monasterio de Ripoll en necesitar del mismo auxilio. Fué así que mientras el Abad Francisco de Pons fallecía en Italia, donde se hallaba desempeñando la alta misión que Felipe III le había confiado; Trucafort, satélite del Virey, se dirigió á la villa monasterial y, una vez allí, tomando pié de un pequeño altercado entre varios ripollenses y el monje limosnero Fr. Antonio Castellá (1), atacó con

(1) Para activar la conclusión de las obras de ensanche de la parroquia de San Pedro, pidieron algunos vecinos á Castellá varios fondos que el monasterio destinaba á los pobres. La negativa, sobremanera justa, motivó el altercado.

los suyos y los descontentos el monasterio. Volaron al socorro de este las nobles familias de los monjes y los campesinos de la comarca; resistiéronse algunos días y, cuando iban á sucumbir, llegó el refuerzo de Guinarda, que entró secretamente en el cenobio por la parte de Pitalluga. Era esto la noche del 21 de setiembre, vispera del día designado por Trucafort para el asalto. Intentóse efectivamente este, pues se ignoraba la presencia del bizarro Guinarda; terrible fué el choque, cruel la matanza, y como quiera que la cuestión quedaba reducida á los dos bandos, y el resultado, cualquiera que fuese, amenazaba así á los monjes como á la villa, uniéndose esta al cenobio para implorar socorro de las vecinas poblaciones. Como árbitro entre los contendientes fué elegido el Arcipreste Colí, quién usando de gran prudencia, logró por medio de su cabildo, no sin grande esfuerzo, que los ánimos se apaciguasen, dándose á primero de Octubre las luchas por terminadas. Cerca de un mes aplazó aún el presentarse el Juez Real; ¡evidente muestra de la ruín política del Marqués de Almazán á quién servía!

No tardó el cenobio en recibir en el palacio abacial como digno sucesor de Pons, al sabio escritor benedictino D. Juan de Guardiola, autor de la *Historia de San Benito de Sahagún* y de un *Tratado de Heráldica*. En el cenobio de Bañolas había desempeñado el cargo de limosnero y gobernador eclesiástico (1); cuando fué llamado á sentarse en la silla de los Arnulfos y Olivas estaba revestido de la misma dignidad en el monasterio

(1) Al Sr. D. Pedro Alsus farmacéutico, que ha escrito con mano maestra todo lo concerniente al cenobio de Bañolas, debemos esta noticia acerca D. Juan de Guardiola. Su obra, que admiramos por la multitud de documentos inéditos y por el extraordinario trabajo que supone, nos ha proporcionado además otros varios datos: nos complacemos en hacerlo constar y se lo agradecemos.

de Breda. Lo más notable de su prelación fué el interés que demostró por la Congregación de la Inmaculada, cuya fundación se remontaba al siglo XII, bien que en sus principios sólo estaban inscritos en la misma el Abad, los monjes y algunas nobles familias. Logró el nuevo prelado en 1614 que pudiesen ingresar en ella todos los hijos varones de la villa, prescribiendo que habian de tener veinte años de edad y ser de costumbres irrepreensibles. Una bula de Paulo V confirmó la nueva Congregación, y animados sus miembros con tal favor, elevaron á su titular Patrona una Capilla contigua á San Pedro, bendecida en 7 de febrero de 1672. Uno de los frutos más provechosos que reportó de la Congregación la villa fué la *Enfermería de la Inmaculada*, habiéndose atendido con ella al auxilio de las clases acomodadas en sus enfermedades, como Clemente May había procurado el de los pobres. Los reyes de España y el Real Consejo de Castilla pusieron luego institución tan benéfica bajo su protección (1). La muerte alcanzó á Guardiola en el desempeño de sus altas funciones en 2 de febrero de 1616.

Felipe III nombró para sucederle á D. Fr. Francisco de Senjust. A la edad de 12 años había tomado el hábito en San Cugat del Vallés, y fué sucesivamente prepósito de Panadés, sindico enviado á Roma y Abad del cenobio de Arles, desde donde pasó al de Ripoll. Hizo memorable su prelación la construcción de la *Curia del Vicario*, en cuya parte inferior mandó abrir el *Pórtico* de su nombre; entrada digna de la magnificencia del claustro. En 1618 por encargo del rey visitó Senjust la Cole-

(1) Mucho contribuyó al realce de la Congregación el presidente de la misma D. Francisco Pellicer presbítero, uno de los comunitarios más distinguidos de San Pedro. Da una exacta noticia de *La Congregación* nuestro querido hermano Pedro en la obrita que publicó con aquel título en Vich, año 1859.

giata de San Juan de las Abadesas, la cual se hallaba en estado ruinoso. Cumplió su cometido, haciendo el presupuesto de las obras conforme á las instrucciones que llevaba, y la reedificación de la Colegiata, empezada por el Dr. D. Juan Colí, fué terminada después de la muerte de este, acaecida en 1619.

Dos años después Francisco de Senjust fué designado para ocupar la silla episcopal de Elna, de donde pasó á la de Gerona. Constituido en tan alta dignidad no olvidó á SANTA MARÍA, antes como muestra de la devoción que le profesaba, fundó en la basilica de Oliva (1624) doce aniversarios solemnes, dotados en 1040 libras catalanas. Murió el dadivoso obispo en la Bisbal á 10 de Marzo de 1627 (1).

Fr. Pedro Sancho, monje profeso de Montserrat, varon digno de todo elogio por haber llevado con el P. Fr. Bernardino de Argedas la Regla de San Benito al Nuevo Mundo, y haber sido el fundador del Priorato de Nuestra Señora de los Reyes en el Perú, fué el sucesor que el rey designó al Abad Senjust, al ser este promovido al obispado de Elna. El nuevo Abad consagró en 14 de Mayo de 1623 el altar mayor de SANTA MARÍA, al cual fueron trasladadas las reliquias.

Consecuente con sus particulares aficiones, Fr. Pedro Sancho se puso luego de parte de los que pretendian reducir las Casas de San Benito de Cataluña al modo de la Congregación de San Benito de Castilla, lo que le ocasionó serios disgustos (2) sin que pudiese lograr su intento, pues la muerte le sobrecogió en 8 de agosto de 1627.

(1) *España Sagrada, Viaje literario y Abaciología manuscrito.* Vide Francisco Senjust.

(2) «Siempre, dice Pujades, fué mal quisto, y para vengarse fué á Roma y á Madrid para meter la reformatión..... Dejó hartas confusiones en

No quedaron acalladas con la vacante las pretensiones de la Corte, en donde el malquisto Abad habia hallado protección é impulso; antes bien se redoblaron los esfuerzos para presentar decisiva batalla á los custodios de la basilica eminentemente catalana. Llegó con este fin á principios de 1628 á Barcelona Fray Francisco Garcia Calderón, monje Benito de los Observantes « y presentándose al lugarteniente de S. M. en el Principado con cartas del Rey, le pidió asistencia y auxilio de oficiales y ministros seculares para ir al Monasterio de Ripoll á reformarle y reducirle á la primitiva Regla de San Benito en todo su rigor, en virtud de una comisión del Nuncio de Su Santidad en los reinos de España». Sucedió entonces lo que al terminar el capítulo anterior hemos insinuado, el dignísimo Sr. D. Francisco de Eril, Abad de San Cugat del Vallés, Presidente de la Congregación Tarraconense, se opuso resueltamente á las pretensiones de Calderón, y para solicitar que no podia tener lugar la nueva reforma, remitió un memorial en justificación del derecho que á los monjes ripollenses asistia. Tan contundentes fueron sus razones, tan en evidencia ponía los solapados fines de los pretensos reformadores, que el Rey no pudo menos de atenderle, dejando en adelante tranquilos y aún algo favorecidos á los que con la energía que presta la verdad, acababan de alcanzar completa victoria. Digamos de paso que los Diputados del Reino, la ciudad de Barcelona, el consejo de Ciento y el Cabildo de la Iglesia mayor; apoyaron con toda su autoridad é influencia el memorial del Presidente de la Congregación Tarraconense, oponiéndose

la Casa acerca de la admisión ó repulsa de los pretensos reformadores que fueron repulsados, tanto que, hasta ahora, no se ha visto concluida la reformatión, mas ni la Casa».

entretanto á que Calderón pudiese llevar adelante sus ambiguos propósitos (1).

Francisco de Copons y Vilaplana sucedió seis años después al Abad Sancho. Bien se necesitaba un hombre de las altas prendas que le adornaban, durante el triste período que duró su prelación. Poco gozó de bienandanza, ya que en 1635 hubo la solemne declaración de guerra entre Francia y España, motivada por la sorpresa que la guarnición española de Lieja verificó contra Tréveris, en la que murieron algunos franceses, quedando prisioneros los demás. Concretándonos á la Sede abacial, tanto en esta como en las demás guerras del siglo XVII se singularizó en levantar compañías particulares, así para defensa de plazas como para socorro de ellas, como lo efectuó en los asedios de Puigcerdá, Camprodón, Seo de Urgel, Prats de Molló, Gerona y otras.

Grande era el entusiasmo con que peleaba Cataluña por su rey Felipe IV, como lo demostró la gloriosa expedición contra el castillo de Salces, recuperado del principe de Condé por un ejército de voluntarios catalanes en 1639, cuando el odio personal á nuestra raza del Conde-duque de Olivares, externado en medidas injustas é intempestivas, hizo estallar en 7 de Julio de 1640 aquella imponente sublevación conocida en el país por la *guerra dels segadors*, cuyo principal acontecimiento fué proclamar por conde de Barcelona á Luis XIII rey de Francia. Dos veces, durante aquellas turbulencias civiles, el Abad Francisco de Copons y Vilaplana fué comisionado por Cataluña á Felipe IV con encargos de la más alta importancia; nuestro sabio prelado los desempeñó con el acierto que prometían sus brillantes cualidades como religioso y como hombre de Estado.

(1) Puede leerse en la *Corona benedictina*, Cap. 2, pág. 43.

Tan altas atenciones no le impidieron dedicarse con exquisito celo á cuanto pudiese redundar en gloria del Real Santuario. A él se debe en efecto (lo recordarán con eterna gratitud los literatos amantes de nuestra patria) que estuviese á todas horas abierto el Archivo para el entonces Visitador general del Principado el Arzobispo D. Pedro de Marca (1644), ayudándole con los monjes de la Comunidad á sacar copias de la preciosa documentación que el Archivo contenía, y aún permitiéndole retener por determinado tiempo alguno que otro códice, digno de ser detenidamente estudiado. Copiados ya los documentos y publicados por Balucio, aunque después del incendio de 1835 tengamos que repetir con el sabio Olzinellas: «SANTA MARIA puede volver; mas no su precioso archivo», nos queda el consuelo de poder añadir: «Gracias á la solicitud del Abad Francisco de Copons y Vilaplana, los principales documentos de SANTA MARIA están salvados.»

Después de la caída del Conde-duque, la opinión pública volvió á declinar en favor del rey Felipe, á ello coadyuvaron en gran manera los excesos de los franceses, y la política de atracción que siguió en adelante el gobierno español. Grande debía ser el consuelo de Copons y Vilaplana al ver que su cooperación en tan críticas circunstancias empezaba á dar su fruto, cuando una nueva calamidad pública, una peste mortífera se propagó por Cataluña. Despoblóse la villa, huyeron sus habitantes á las montañas vecinas en busca de un albergue para librarse del terrible azote. Entre las víctimas de la enfermedad contagiosa se cuenta el celoso Abad, á quién alcanzó en 1651 en San Julián de Vallfogona.

Vacó luego doce años la abadía, durante los cuales continuó sufriendo mucho por la peste y la guerra no enteramente terminada con la capitulación de Barcelo-

na (1652). No por esto faltó al Real Santuario quién procurase por el esplendor del culto y el aumento de sus glorias. El noble Luis de Pons, monje sacrista, distinguido en letras y en virtudes, acérrimo defensor de las inmunidades de la Iglesia, administraba durante esta vacante la abadía. Grande era su afecto al rey católico, y habiéndose ajustado los conciertos, agradecido su majestad á sus buenos oficios y atendiendo á sus méritos, le dió el obispado de Solsona.

El mismo rey en 1663 hizo presentación del Abad Gispert de Amat, que al año siguiente tuvo por sucesor á Jaime de Meca hasta 1666.

Por muerte de Felipe IV, acaecida en 16 de Setiembre del año anterior, nombró la reina viuda D.^a Mariana de Austria á Gaspar de Casamitjana y Eril. El recibimiento que le hizo la villa fué de los más entusiastas y brillantes, sin embargo la Providencia le tenía destinado á ser uno de los prelados que con más tesón había de trabajar en defensa de las prerogativas del Real Santuario. Fué en ello tan valiente como afortunado, pues obtuvo Real sentencia de la omnimoda jurisdicción civil de Olot y Ripoll (1), regalando en acción de gracias á su celestial Protectora varias imágenes de plata y preciosas alhajas (2).

Impulsado Luis XIV de Francia por sus ambiciosos proyectos, volvió á encender la guerra contra España,

(1) Las cuestiones sobre jurisdicción produjeron indirectamente un buen resultado con la publicación de varios folletos que nos han conservado interesantes documentos; entre aquellos sobresalen *La Jurisdicción Real defendida*, impresa en Barcelona en 1682, y la respuesta del Sr. Abad, ambas archivadas en la parroquial de S. Pedro.

(2) Así lo dice el abaciología manuscrito: *Iste contulit nobis multa bona, nam donavit monasterio Imagines Domini Iesus et Conceptionis Virginis Mariae de argento.*

invadiendo el duque de Noailles á Cataluña para incitarla contra la dominación austriaca. En 15 de Julio de 1689 destruyó el francés las fortificaciones de las cuevas de Rivas, las cuales, por defender la entrada de los valles del Ter y del Fraser, son llamadas con suma propiedad por el cronista Pujades: *Las cuevas de Ripoll*. Ocupó el enemigo esta villa largo tiempo; mas, resabiado su jefe Mr. de Bolande por la oposición que siempre hicieron sus habitantes á las armas contrarias á Carlos II, antes de retirarse en 1690 «mandó derribar murallas y torres á fuerza de hornillos, con la violencia de los cuales padecieron la demolición muchas casas que se hallaban cerca de dichas murallas, no perdonando las torres de la Parroquial iglesia de San Pedro» (1). La fidelidad á su rey obligó al anciano Abad á ponerse en salvo en Barcelona donde, *plenus dierum et laborum*, murió en 1696 (2).

En cada uno de los precedentes capítulos hemos tenido la mira de presentar algunos de los monjes que en su época honraron con su ciencia y virtudes la basilica olivana. Entre los que durante la Congregación tarraconense florecieron, merece particular mención Antonio Solanell y Montallá, hijo de la noble familia ripollense

(1) Memoria impresa, archivada en la parroquial de S. Pedro. Fácil nos sería extendernos en minuciosos pormenores de lo acaecido en la villa en esta guerra, mas esto, además de carecer de interés para la generalidad de los lectores, nos alejaría del fin que nos hemos propuesto.

(2) Un año después el duque de Vendome victorioso, reforzadas sus tropas y de acuerdo con el duque de Estrées, puso sitio á Barcelona por tierra, mientras Estrées con una formidable escuadra hostilizaba la ciudad por mar. Después de cincuenta y dos dias de un sitio horroroso, capituló Barcelona, habiendo salido su guarnición con todos los militares honores. El tratado de Ryswick puso término á esta guerra en el mismo año. En consecuencia, fueron devueltas á Carlos II las plazas ocupadas por el enemigo, y la administración del gobierno español volvió á regir con regularidad en el Principado. (Feliu de la Peña, *Anales de Cataluña*, Lib. XXI, cap. XVIII).

del mismo nombre. Apenas habia cumplido siete años sus padres le ofrecieron á SANTA MARIA, hizo sus primeros estudios en el Colegio May, desde donde pasó á Lérida, en cuya universidad tomó el grado de Doctor en Teología y Derecho canónico, siendo después catedrático de ambas facultades. Vuelto al monasterio fué prior de Aja, luego visitador general de su religión, abad de San Pedro de Galligans, diputado del Principado y últimamente Abad del monasterio de San Cucufate del Vallés. Hay noticia de que ordenó un catálogo de los Abades de Ripoll y algunos apuntes de cosas memorables de dicho monasterio hasta su tiempo. Escribió además acerca del origen y fundador del monasterio de San Cugat del Vallés y la historia completa de ese monasterio, dividida en centurias. Otra obra de Solanell trata del ingreso de las mujeres en el claustro. Murió en 15 de Setiembre de 1726.

Fué también notable el monje Manuel de la Vega, autor de un poema elegiaco dramático en las fiestas de la traslación del cuerpo de San Olegario, que obtuvo el segundo premio ofrecido por los magistrados de Barcelona. Con el pseudónimo *lo Rector de Pitalluga*, recogió, ordenó é hizo imprimir las poesias del célebre Dr. Vicente Garcia, rector de Vallfogona, y se le deben además preciosas notas sacadas de los documentos del Archivo.

En el mismo año de la muerte de Casamitjana y de Eril fué electo para reemplazarle D. Fr. Benito de Sala y de Caramany, que desde 1681 habia ejercido la misma dignidad en Montserrat y en Santa Maria de Gerri. No tomó posesión, apesar de que D. Francisco de Velasco le apremiaba para que enviase por los despachos y bulas, pues con sus rentas de la abadía de Gerri tenia que sustentar á toda su familia en Barcelona, por ocupar